

## 4. La alianza Iglesia-familia

La espiritualidad que es propia del matrimonio y de la familia es «una espiritualidad del cuidado», en la que se puede advertir la ternura de Dios y la permanente provocación del Espíritu. Brindar cuidados, sostenerse y estimularse mutuamente es parte viva de la espiritualidad familiar. Una espiritualidad que se alimenta de la oración:

*Se pueden encontrar algunos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan, rezar por las necesidades familiares, rezar por alguien que está pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedir a la Virgen que nos proteja con su manto de madre. Con palabras simples, este momento puede hacer muchísimo bien a la familia.*  
(A L 318)

Una espiritualidad que en la celebración de la Eucaristía encuentra la fuerza y el estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como “Iglesia doméstica” (AL 318) y que sobre todo se afianza en el abrirse del corazón a las necesidades de los más débiles (cfr. AL 324).

Pero el cuidado es también el estilo con el que la Iglesia está llamada a dirigirse a la familia. Hay necesidad de una Iglesia que se redescubra familia, que se reconozca en un estilo familiar.

*La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas. Por lo tanto, ‘en virtud del sacramento del matrimonio cada familia se convierte a todos los efectos en un bien para la Iglesia. En esta perspectiva, para el hoy de la Iglesia será ciertamente un don valioso considerar también la reciprocidad entre familia e Iglesia: la Iglesia es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia. Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente, sino a toda la comunidad cristiana. (AL 87)*

La alianza Iglesia-familia es el camino indicado por *Amoris Laetitia*, una alianza esencial para el anuncio del Evangelio, para la vida misma de la Iglesia y para la vida de las personas. Pero este volver a dar centralidad a la familia no quiere decir simplemente extender el campo de la pastoral familiar, encontrar nuevos slogans en torno a

los cuales organizar iniciativas y promover debates. Hay necesidad de crear una mentalidad nueva, de repensar la pastoral y en consecuencia los tiempos, los modos, en algunos casos también los lugares, volviendo a partir de las familias. No una pastoral que mira exclusivamente a los individuos, de los que se hace cargo en relación a determinadas ocasiones o a sus determinadas condiciones de vida. Hay necesidad de superar la lógica de la pastoral hecha en trozos pequeños, de las especializaciones sectoriales, para recuperar el sentido de la unidad de la vida de la persona y de su ser-en-relación. La parroquia, como comunidad cristiana concreta, puede desempeñar un rol decisivo en tal sentido, porque es en la parroquia que debe poder advertirse el carácter acogedor de la Iglesia, de una Iglesia según el Evangelio con las puertas siempre abiertas. Y en la parroquia, como recuerda *Amoris Laetitia*, “se armonizan las contribuciones de las pequeñas comunidades, de los movimientos y de las asociaciones eclesiales” (AL 202).


Pero esto requiere la superación de visiones funcionalistas. Todavía estamos demasiado habituados a pensar en términos de iniciativas para las familias, a movernos en la lógica de un activismo pastoral. Ha llegado el tiempo de saber ponerse en discusión *apuntando a lo esencial*. Y lo esencial es hoy que

cada vez más familias (en la simplicidad y en la normalidad de su vida) sepan dar el anuncio alegre del Evangelio y el testimonio bello del encuentro con el Señor que cambia la vida.

*Los padres sinodales insistieron en que las familias cristianas, por la gracia del sacramento nupcial, son los principales sujetos de la pastoral familiar. (AL 200)*

Lo esencial es hoy hacerse cargo de la vida concreta de las familias en la diversidad de las situaciones, para que cada uno se sienta acogido, alentado y apoyado en la búsqueda de Dios; para que cada uno pueda advertir en la ternura de la comunidad una ternura de madre, el amor misericordioso de Dios que levanta y regenera.

*Es verdad que muchos matrimonios desaparecen de la comunidad cristiana después del casamiento, pero muchas veces desperdiciamos algunas ocasiones en que vuelven a hacerse presentes, donde podríamos reproponerles de manera atractiva el ideal del matrimonio cristiano y acercarlos a espacios de acompañamiento: me refiero, por ejemplo, al bautismo de un hijo, a la primera comunión, o cuando participan de un funeral o del casamiento de un pariente o amigo. Casi todos los matrimonios*



reaparecen en esas ocasiones, que podrían ser mejor aprovechadas. Otro camino de acercamiento es la bendición de los hogares o la visita de una imagen de la Virgen, que dan la ocasión para desarrollar un diálogo pastoral acerca de la situación de la familia. También puede ser útil asignar a matrimonios más crecidos la tarea de acompañar a matrimonios más recientes de su propio vecindario, para visitarlos, acompañarlos en sus comienzos y proponerles un camino de crecimiento. Con el ritmo de vida actual, la mayoría de los matrimonios no estarán dispuestos a reuniones frecuentes, y no podemos reducirnos a una pastoral de pequeñas élites. Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, en salida, en cercanía, en lugar de reducirse a ser una fábrica de cursos a los que pocos asisten. (AL 230)

Una pastoral de proximidad requiere que se sepa estar al lado en los momentos de crisis que signan inevitablemente la vida de las familias.

*La historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza. Hay que ayudar a descubrir que una crisis superada no lleva a una relación*

*con menor intensidad sino a mejorar, asentarse y madurar el vino de la unión. No se convive para ser cada vez menos felices, sino para aprender a ser felices de un modo nuevo, a partir de las posibilidades que abre una nueva etapa. Cada crisis implica un aprendizaje que permite incrementar la intensidad de la vida compartida, o al menos encontrar un nuevo sentido a la experiencia matrimonial. De ningún modo hay que resignarse a una curva descendente, a un deterioro inevitable, a una soportable mediocridad. Al contrario, cuando el matrimonio se asume como una tarea, que implica también superar obstáculos, cada crisis se percibe como la ocasión para llegar a beber juntos el mejor vino. Es bueno acompañar a los cónyuges para que puedan aceptar las crisis que lleguen, tomar el guante y hacerles un lugar en la vida familiar. Los matrimonios experimentados y formados deben estar dispuestos a acompañar a otros en este descubrimiento, de manera que las crisis no los asusten ni los lleven a tomar decisiones apresuradas. Cada crisis esconde una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón. (AL 232)*


Pero esto requiere una cercanía que se construye en el tiempo. Y sobre todo, requiere delicadeza.

*Para enfrentar una crisis se necesita estar presentes. Es difícil, porque a veces las personas se aíslan para no manifestar lo que sienten, se arrinconan en el silencio mezquino y tramposo. En estos momentos es necesario crear espacios para comunicarse de corazón a corazón. El problema es que se vuelve más difícil comunicarse así en un momento de crisis si nunca se aprendió a hacerlo. Es todo un arte que se aprende en tiempos de calma, para ponerlo en práctica en los tiempos duros. Hay que ayudar a descubrir las causas más ocultas en los corazones de los cónyuges, y a enfrentarlas como un parto que pasará y dejará un nuevo tesoro. Pero las respuestas a las consultas realizadas remarcan que en situaciones difíciles o críticas la mayoría no acude al acompañamiento pastoral, ya que no lo siente comprensivo, cercano, realista, encarnado. Por eso, tratemos ahora de acercarnos a las crisis matrimoniales con una mirada que no ignore su carga de dolor y de angustia. (AL 234)*

Hay después situaciones de sufrimiento particular que necesitan

ser acogidas y comprendidas en su dramaticidad y sostenidas.

*“Los Padres indicaron que «un discernimiento particular es indispensable para acompañar pastoralmente a los separados, los divorciados, los abandonados. Hay que acoger y valorar especialmente el dolor de quienes han sufrido injustamente la separación, el divorcio o el abandono, o bien, se han visto obligados a romper la convivencia por los maltratos del cónyuge. El perdón por la injusticia sufrida no es fácil, pero es un camino que la gracia hace posible. De aquí la necesidad de una pastoral de la reconciliación y de la mediación, a través de centros de escucha especializados que habría que establecer en las diócesis». Al mismo tiempo, «hay que alentar a las personas divorciadas que no se han vuelto a casar —que a menudo son testigos de la fidelidad matrimonial— a encontrar en la Eucaristía el alimento que las sostenga en su estado. La comunidad local y los pastores deben acompañar a estas personas con solicitud, sobre todo cuando hay hijos o su situación de pobreza es grave». Un fracaso familiar se vuelve mucho más traumático y doloroso cuando hay pobreza, porque hay muchos menos recursos para reorientar la*



*existencia. Una persona pobre que pierde el ámbito de la tutela de la familia queda doblemente expuesta al abandono y a todo tipo de riesgos para su integridad. (AL 242)*

Nadie debe sentirse excluido de la comunidad eclesial.

*A las personas divorciadas que viven en nueva unión, es importante hacerles sentir que son parte de la Iglesia, que «no están excomulgadas» y no son tratadas como tales, porque siempre integran la comunión eclesial. Estas situaciones «exigen un atento discernimiento y un acompañamiento con gran respeto, evitando todo lenguaje y actitud que las haga sentir discriminadas, y promoviendo su participación en la vida de la comunidad. Para la comunidad cristiana, hacerse cargo de ellos no implica un debilitamiento de su fe y de su testimonio acerca de la indisolubilidad matrimonial, es más, en ese cuidado expresa precisamente su caridad».*  
(AL 243)

Y no hay que dejar solo a nadie, sobre todo cuando está en juego el bien de los hijos.

*Las comunidades cristianas no deben dejar solos a los padres divorciados en nueva unión. Al contrario, deben incluirlos y*

*acompañarlos en su función educativa. Porque, «¿cómo podremos recomendar a estos padres que hagan todo lo posible para educar a sus hijos en la vida cristiana, dándoles el ejemplo de una fe convencida y practicada, si los tuviésemos alejados de la vida en comunidad, como si estuviesen excomulgados? Se debe obrar de tal forma que no se sumen otros pesos además de los que los hijos, en estas situaciones, ya tienen que cargar». Ayudar a sanar las heridas de los padres y ayudarlos espiritualmente, es un bien también para los hijos, quienes necesitan el rostro familiar de la Iglesia que los apoye en esta experiencia traumática. El divorcio es un mal, y es muy preocupante el crecimiento del número de divorcios. Por eso, sin duda, nuestra tarea pastoral más importante con respecto a las familias, es fortalecer el amor y ayudar a sanar las heridas, de manera que podamos prevenir el avance de este drama de nuestra época. (AL 246)*

Es necesario discernir y ayudar a discernir.


*Un pastor no puede sentirse satisfecho sólo aplicando leyes morales a quienes viven en situaciones «irregulares», como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las personas. Es*

el caso de los corazones cerrados, que suelen esconderse aun detrás de las enseñanzas de la Iglesia «para sentarse en la cátedra de Moisés y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad, los casos difíciles y las familias heridas». En esta misma línea se expresó la Comisión Teológica Internacional: «La ley natural no debería ser presentada como un conjunto ya constituido de reglas que se imponen a priori al sujeto moral, sino que es más bien una fuente de inspiración objetiva para su proceso, eminentemente personal, de toma de decisión». A causa de los condicionamientos o factores atenuantes, es posible que, en medio de una situación objetiva de pecado — que no sea subjetivamente culpable o que no lo sea de modo pleno— se pueda vivir en gracia de Dios, se pueda amar, y también se pueda crecer en la vida de la gracia y la caridad, recibiendo para ello la ayuda de la Iglesia. El discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites. Por creer que todo es blanco o negro a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento, y desalentamos caminos de santificación que dan gloria a Dios. Recordemos que «un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede

ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades». La pastoral concreta de los ministros y de las comunidades no puede dejar de incorporar esta realidad. (A. 305)

No se debe dejar de anunciar el Evangelio de la familia, de proponer la belleza del matrimonio. Una pastoral que consolida y previene es más importante que una pastoral de los fracasos.

Para evitar cualquier interpretación desviada, recuerdo que de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio, el proyecto de Dios en toda su grandeza: «Es preciso alentar a los jóvenes bautizados a no dudar ante la riqueza que el sacramento del matrimonio procura a sus proyectos de amor, con la fuerza del sostén que reciben de la gracia de Cristo y de la posibilidad de participar plenamente en la vida de la Iglesia». La tibieza, cualquier forma de relativismo, o un excesivo respeto a la hora de proponerlo, serían una falta de fidelidad al Evangelio y también una falta de amor de la Iglesia hacia los mismos jóvenes. Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno



*ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas. (AL 307)*

Pero la lógica que debe guiar la acción de la Iglesia es siempre la de la misericordia. Una lógica que impulsa a ponerse en camino para sostener el camino hacia el Señor que cada uno está llamado a recorrer en la unicidad de su historia personal.

*Esto nos otorga un marco y un clima que nos impide desarrollar una fría moral de escritorio al hablar sobre los temas más delicados, y nos sitúa más bien en el contexto de un discernimiento pastoral cargado de amor misericordioso, que siempre se inclina a comprender, a perdonar, a acompañar, a esperar, y sobre todo a integrar. Esa es la lógica que debe predominar en la Iglesia, para «realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales». Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. No siempre encontrarán en ellos una confirmación de sus propias*

*ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal. E invito a los pastores a escuchar con afecto y serenidad, con el deseo sincero de entrar en el corazón del drama de las personas y de comprender su punto de vista, para ayudarles a vivir mejor y a reconocer su propio lugar en la Iglesia. (AL 312)*



## Signos de interrogación

### **A nivel personal**

- ¿Qué puesto tiene la oración en mi familia? ¿Somos capaces de rezar los unos por los otros? ¿Encontramos en la Eucaristía el centro y la fuente permanente de nuestro estar juntos?
- ¿Hacemos memoria de los momentos atravesados de dificultad y de crisis. Qué han significado? ¿Cómo los hemos vivido? ¿Qué o quién nos han ayudado?
- ¿Cómo nos relacionamos con quién vive situaciones llamadas “irregulares”?

### **A nivel de Iglesia**

- ¿Qué conocimiento tenemos de las historias familiares?
- ¿De qué manera la comunidad llega a estar al lado en los

momentos de dificultad y de crisis?

- ¿Cuál es la atención a las familias heridas? ¿Nuestra comunidad es capaz de brindar acogida?
- ¿Cuán atentos estamos a la situación de quien es más frágil, de los hijos en particular?
- ¿Hay experiencias de apoyo en el discernimiento?

#### ***A nivel de Acción Católica***

- ¿Nuestros grupos son lugares en los que se experimenta la proximidad?
- ¿Estamos abiertos a recibir a quien vive situaciones de especial sufrimiento?
- ¿Somos capaces de proponer y de sostener caminos de discernimiento?

#### ***A nivel social/comunitario***

- ¿Cuáles son las principales heridas familiares que observamos en nuestro entorno social/comunitario?
- ¿Qué incidencia tienen en adultos y en jóvenes y niños estas heridas?
- ¿Qué signos de vulnerabilidad están presentes en el horizonte familiar de nuestra propia comunidad?
- ¿Qué atención ponemos en la fragilidades familiares que origina

la pobreza, la inmigración, la desocupación, la violencia, etc.?

#### ***Como conclusión de esta triple mirada***

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?



**Proponerse tres acciones**